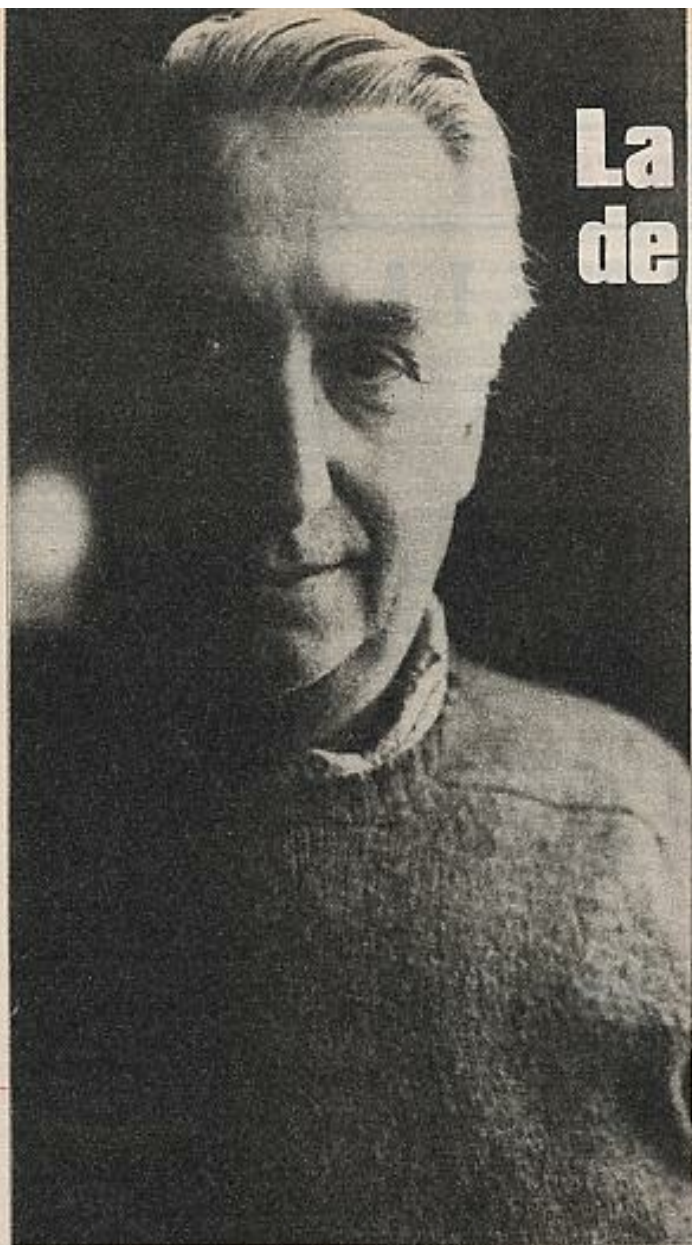


La absurda muerte de Barthes

RAMON CHAO



tercer fenómeno: la escritura, único elemento que depende de la elección del autor, y que por ello le compromete. Y así, anallando las palabras, Barthes va a buscar el fondo de las obras en lo que otros consideran que es la forma.

Este libro levantó grandes polémicas, con Raymond Picard, sobre todo: éste le oponía la tesis clásica de la explicación de la

tura, y en este libro, a la vez, inicia una nueva orientación en sus investigaciones: la voluptuosidad en la lectura.

Partidario ya del hedonismo literario, por esta vía escribió luego "Fragmentos de una cavilación amorosa", en que nos habla de la retórica que aprisiona al amor, y de sus tormentos.

A los sesenta y cuatro años estaba surgiendo otro Barthes, lle-



En los años cincuenta, Roland Barthes había creído una tormenta en el tranquilo panorama literario francés. A la derecha, Barthes, con su madre, en la playa.

PARIS.—Toda muerte es absurda, pero cuando una camioneta de lavandería atropella a un peatón indocumentado de cuerpo frágil y espíritu delicadísimo, que la víctima es trasladada al Hospital Municipal y se extingue al cabo de un mes a consecuencia del choque, que se produce una conmoción entre los que le quisieron (todos los que le conocimos) y gran emoción en el resto del país, pues el crítico-escritor-filósofo se había hecho popular, y que, en fin, desaparece así una de las mentes más brillantes de nuestra época, entonces la muerte reviste su aspecto más repulsivo.

Porque, además, damos por descontado que Roland Barthes, uno de los intelectuales de mente más joven en Francia, no había dejado de evolucionar, y que habría de sorprendernos con nuevas teorías, que expondría, como siempre, con modestia, firmeza y mesura. Así mentó a Pasolini en su discurso inaugural en el Colegio de Francia, provocando un

escándalo entre los doctos bienpensantes que integran esa venerable institución.

Ya antes, en los años cincuenta, había creado una tormenta en el tranquilo panorama literario francés (ya no se hablaba de la novela comprometida, que no había dejado nada, ni se vislumbraba el "nouveau roman", que otro tanto sería), con su libro titulado "El grado cero de la escritura", en el que ignoraba voluntariamente los valores establecidos de lengua y estilo, centrándose su análisis en una nueva dimensión, la escritura, "realidad formal más importante que las anteriores". "Lengua y estilo son objetos —añade Barthes—, la escritura es una función". El escritor no elige ni su lengua ni su estilo, que son fuerzas ciegas: la lengua pertenece a todos los hombres y la impone la Historia, mientras que el estilo es un fenómeno de orden germinativo, siempre secreto, que surge de las profundidades mitológicas del individuo. Entre los dos existe un

obra literaria por la reconstrucción del entorno histórico, social y cultural del autor. Barthes siguió elaborando sus teorías, situadas en los lindes imprecisos de la psicología, del psicoanálisis, de la sociología, de la estética y, sobre todo, de la lingüística, a partir del curso de Lingüística General, de Saussure.

Convertido en uno de los cuatro brujos de la "tribu estructuralista" (los otros tres son Levi Strauss, Jacques Lacan y Michel Foucault), Barthes analiza en "Mitologías", con humor, habilidad y distanciamiento irónico, algunos de los mitos de la sociedad moderna, como los detergentes, el bistec con patatas fritas, Brigitte Bardot, el automóvil, etcétera en "El sistema de la moda" despliega un deslumbrante examen estructural del vestido femenino, tal como lo describen las revistas especializadas; en "Sade, Fourier y Loyola" une a figuras tan dispares por sus vidas y obras, y tan iguales, escribe largo y tendido, por su escri-

no de ilusiones juveniles, que había dejado atrás, por clásicos, sus primeros descubrimientos. Y esta es la esperanza que murió en un hospital parisino, treinta días después de haber sido golpeada por una furgoneta llena de trapos sucios.

Vi a Barthes por primera vez hace ocho años. Le había ido a entrevistar con motivo de la publicación de su libro "Sade, Fourier y Loyola". Severo Sarduy nos había presentado. Después tocamos al piano, a cuatro manos, el gran "Rondó en La mayor", de Schubert, si bien recuerdo. Yo llevaba catorce años sin poner las manos en un teclado; por razones muy complejas detestaba el arte musical y ese instrumento en particular. Desde entonces, gracias a Roland Barthes, volví a tocar el piano y a apreciar la música. Es una anécdota tal vez fuera de lugar, pero ejemplar de cómo este hombre dulce, sensible, transformaba a quienes tenían el privilegio de conocerle. ■